

# Miguel Serrano Larraz

## **Cuántas cosas hemos visto desaparecer**

***Un novela sobre las ilusiones perdidas y un pueblo que desaparece, sobre la posibilidad de modificar el pasado.***

*Candaya Narrativa, 70*

Primera edición: diciembre 2020  
Diseño de la colección: Francesc Fernández  
Imagen de cubierta: Tatiana Abellán

ISBN: 978-84-18504-18-1  
21x14 cm; 288 págs.  
PVP: 17€



### **SINOPSIS: *CUÁNTAS COSAS HEMOS VISTO DESAPARECER***

Sonia es una niña obsesionada con la muerte. La obsesión de Berta es el paso del tiempo. Su amistad resulta inevitable en el pueblo del Pirineo en el que veranean, una pequeña localidad condenada a desaparecer. Los excesos y las búsquedas de la adolescencia y de la primera juventud crean un vínculo que parece irrompible, y que se refuerza con un proyecto inverosímil: construir una máquina que permita modificar el pasado. Sin embargo, la vida se despliega ante ellas y las dos amigas se distancian. A punto de cumplir cuarenta años, Sonia recibe un mensaje de Berta, en el que anuncia que por fin ha descubierto el modo de cumplir el sueño que ha ocupado toda su vida: viajar en el tiempo. Sonia, harta de los delirios de su amiga, que tanto daño le han causado, decide olvidar los viejos rencores y accede a quedar con ella una última vez.

Profundizando en su peculiar apuesta por una narrativa honda, oblicua y sutil, Miguel Serrano Larraz se sumerge de nuevo en el abismo de los anhelos y completa la radiografía de una época de nuestra historia reciente que inició con *Autopsia* (premio Estado Crítico a la mejor novela publicada en España en 2014). Aunque la amistad, las distintas formas de violencia y la búsqueda de lo imposible siguen siendo fundamentales, *Cuántas cosas hemos visto desaparecer* añade elementos tan sugerentes como los límites de la cordura, la despoblación de las zonas rurales y la indagación en las relaciones entre mujeres de distintas generaciones. Un singular homenaje a la ciencia ficción, el terror, la novela sentimental y otros géneros de la literatura popular.

## EL AUTOR: MIGUEL SERRANO LARRAZ

**Miguel Serrano Larraz** (Zaragoza, 1977) comenzó la carrera de Ciencias Físicas, pero se licenció en Filología Hispánica y se dedica a la traducción y la docencia. Entre 2018 y 2020 cursó un máster de Escritura Creativa en la universidad de Iowa. Ha publicado los poemarios *Me aburro* (2006), *La sección rítmica* (2007), *Insultus morbi primus* (2011), *Angor animi* (2015) y *El testaferro* (2021), los libros de relatos *Orbita* (Candaya 2009) y *Réplica* (Candaya 2017) y las novelas *Un breve adelanto de las memorias de Manuel Troyano* (2008) y *Los hombres que no ataban a las mujeres* (2010, con el seudónimo de Ste Arsson). Su novela más reciente, *Autopsia* (Candaya, 2013) recibió el Premio Estado Crítico a la mejor novela publicada en España. En 2021 Prensas Universitarias de Zaragoza publicó *Si no eres, lo menor que podrías hacer es decirlo*, una amplia selección de su obra narrativa.



## LO QUE SE HA DICHO DE LA OBRA DEL AUTOR

"Miguel Serrano escribe desde la necesidad y eso se nota" **Domingo Ródenas, El Periódico.**

"Una obra generacional pero política, realista pero consciente de los límites de la representación, y nostálgica pero escrita con buen estilo y brillantez reflexiva. Miguel Serrano ha demostrado que se puede hacer realismo fuerte del siglo XXI". **Vicente Luis Mora, Diario de Lecturas.**

"La de Miguel Serrano Larraz es una literatura honesta: no es artificioso de fuegos artificiales, sino un relojero a la vieja usanza, un narrador." **Sergio del Molino**

"Miguel Serrano, heredero de la chupa de Bolaño" **Julio José Ordovás, La Vanguardia.**

"Una potencia estilística notable y una audacia conceptual en ocasiones memorable" **Ricardo Menéndez Salmón, Número cero.**

"El gran descubrimiento que ha dotado de sentido mis lecturas indómitas de lo que va de año" **Miguel Espigado, Quimera.**

"Serrano posee la misma respiración entrecortada, en ocasiones asfixiante de Bernhard". **Sara Mesa, Micro-Revista.**

"Aquí hay narrador, y de los grandes, para rato". **Elena Medel, Calle 20.**

“Un libro que ha entrado directamente en la mejor tradición del género de relatos en español. Audaces, inteligentes, técnicamente impecables y, sobre todo, conmovedores desde una sensibilidad absolutamente contemporánea. La ternura de Carver en la extravagancia inteligente de Boris Vian a fecha de hoy...” **Agustín Fernández Mallo, *El hombre que salió de la tarta*.**

“Este libro ofrece y desarrolla nueve buenas ideas, pero yo he disfrutado sobre todo de la poesía con la que las envuelve y les da forma. No ha habido últimamente muchos libros así entre nosotros, así que, por favor, entren en *Órbita* en cuanto puedan.” **Juan Marqués, Heraldo de Aragón.**

"Llamativo debut, éste de Miguel Serrano Larraz (Zaragoza, 1977), que ha compuesto un libro de relatos original, personalísimo (con algunos guiños a Roberto Bolaño y a Manuel Vilas, que prologa el volumen), y con momentos puntuales de notable altura. La maleable forma de abordar cada historia, los toques científicos, la mezcla de nihilismo con sentido del humor y puntual melancolía, algún párrafo excelente, los finales inesperados e inevitables a la vez, convierten a *Órbita* en un debut interesante, sugerente, con instantes de duda pero también con momentos redondos, como los relatos que abren y cierran el volumen". **Vicente Luis Mora, *Diario de lecturas*.**

"Una escritura inteligentísima, que consigue tejer con naturalidad todos los hilos narrativos." **Óscar Esquivias.**

"El autor de *Órbita* es alguien que cree en la literatura, literatura que se destila en cada una de sus páginas, en cada una de sus líneas. La lectura de estos relatos descubre un trabajo casi de orfebrería. Vemos a un autor cuidadoso con el lenguaje, apegado a sus referentes, entre ellos -desde luego- Bolaño, pero también, y quizás en mayor medida que el autor chileno, Gombrowicz". **Javier Moreno, *Deriva*.**

"Apócrifo, acomplexado y venenoso" **Antón Castro, Heraldo de Aragón.**

"Así es *Autopsia*. Intensa pero reflexiva. Abierta pero con una mirada al interior. Culpabilizadora, pero, a veces, aliviadora. En definitiva, una montaña rusa de 400 páginas" **Daniel Monserrat, El periódico de Aragón.**

“Con esta novela, Serrano demuestra que aquella potencia de los cuentos de *Órbita* es capaz de aguantar con vigor las casi cuatrocientas páginas de este libro y sumergirse con brillantez en cuestiones centrales como la memoria, la culpa, el miedo, la amistad, el éxito y el fracaso.” **Miguel Ángel Hernández, revista *Otra Parte*.**

“Lo mejor de *Autopsia* sigue siendo lo mejor que encontrábamos en *Órbita*: una peculiar visión del mundo expresada con un lenguaje original, que no se parece a nada y que raya en lo poético por lo intuitivo y certero (...) El estilo de Serrano Larraz está tan trabajado, que muchas de las frases del libro podrían extraerse como aforismos” **José María Moraga, *Estado crítico*.**

## **POR QUÉ LECTORES Y LIBREROS DEBEN APOSTAR POR *CUÁNTAS COSAS HEMOS VISTO DESAPARECER***

1. Miguel Serrano escribió buena parte de *Cuántas cosas hemos visto desaparecer* en la Universidad de Iowa, mientras su prestigioso máster de Escritura Creativa. Esta novela significa su esperado regreso a España y a la literatura, después de la novela *Autopsia* (Candaya, 2014) y el libro de cuentos *Réplica* (Candaya, 2017), que lo convirtieron en uno de los escritores más admirados de su generación.

2. *Cuántas cosas hemos visto desaparecer* es la historia de una amistad y una serie de obsesiones: la muerte, el tiempo, la culpa, el miedo, los lazos rotos con el pasado, con el futuro y con uno mismo. Y es también una aproximación a una generación, la que a día de hoy ronda los cuarenta años, desde una mirada femenina que lo cuestiona todo, que se deja llevar, a veces, por el ritmo que arrasa la vida, y que se opone, en otras ocasiones, a ser aquello que los otros esperan de nosotros. Una novela, pues, de quiebres y rebeldías mínimas pero poderosas.

3. En *Cuántas cosas hemos visto desaparecer* Miguel Serrano completa el retrato de una época reciente de España (aproximadamente desde el 1985 a la actualidad) que ya inició en *Autopsia*, pero ahora desde la mirada y las emociones de dos mujeres, lo que introduce otros núcleos temáticos muy atractivos: las relaciones entre mujeres de distintas generaciones, el paso del tiempo y la pérdida de la juventud, la maternidad postergada y el aborto, la soledad y la pérdida, la fascinación por los fantasmas tras la muerte de alguien cercano...

4. La desaparición de esos pueblos de la España rural que se van vaciando es, como apunta el título, otro de los ejes narrativos de la novela: ese pueblo anclado en los Pirineos oscenses que, tanto en la realidad como en la ficción, está siempre a punto de desvanecerse y convertirse en una ruina del futuro, podría ser cualquier pueblo de la España vaciada: de Aragón, por supuesto, pero también de Castilla y León (como no pensar en Soria, en Palencia, en Zamora, en León...), de Asturias, de Cantabria, de Galicia...

5. Miguel Serrano Larraz se sumerge en un sutil homenaje a la literatura de ciencia ficción y lo hace desde una mirada a lo íntimo, a los procesos de la adolescencia y la madurez, abordando uno de los temas fundamentales del género: el tiempo y los viajes en el tiempo. En una línea semejante a la de *El fondo del cielo*, de Rodrigo Fresán, *Cuántas cosas hemos visto desaparecer* no construye un relato de ciencia ficción, sino que impregna la vida de los personajes, Berta y Sonia, con las dudas, las inquietudes, las emociones de quien vive y experimenta la influencia que despierta la imaginación científica.

6. *Cuántas cosas hemos visto desaparecer* nos plantea la idea de viajar en el tiempo tal y como Bioy Casares nos plantea la idea de la vida eterna en *La invención de Morel*: si en la obra del autor argentino el problema de la preservación de la vida es la necesidad de conservar el cuerpo y propone conservar solo la memoria, Miguel Serrano formula, a través de Berta, que el viaje en el tiempo es un traslado de información que nos transforma, cambia nuestras vidas, subvierte cualquier orden conocido.

7. La novela funciona como una máquina del tiempo: no asistimos a la relación de hechos de un viaje, sino que viajamos con los personajes en un periplo que recorre la historia íntima, la historia secreta, de Berta y Sonia, de los amigos... Conforme avanzamos en la lectura descubrimos esa función de máquina del tiempo que tiene la literatura, su capacidad

de rasgar el tejido de la historia y transportarnos: somos nosotros los que viajamos en el tiempo de la novela.

8. En un mundo en el que la transmisión instantánea de mensajes ha afectado tanto a la vida cotidiana como a la literatura, este libro aborda las consecuencias de la comunicación inmediata: ¿qué pasa cuando la información, ese bien tan valioso en la actualidad, nos alcanza demasiado tarde? ¿Cómo nos comunicamos a través del tiempo? ¿Qué palabras, emociones, anécdotas van quedando atrás, lejos, sin que nos afecten, porque hay otras que ya, de inmediato, las sustituyen? La relación entre las protagonistas, Sonia y Berta, es un ejemplo lleno de belleza de cómo hoy en día nos relacionamos con los procesos de comunicación contemporáneos.

### FRAGMENTO DE *CUÁNTAS COSAS HEMOS VISTO DESAPARECER*

DICE LA VOZ DE BERTA: No te vas a creer lo que me ha pasado, Sonia, no te lo vas a creer. ¿Es muy tarde? ¿No? ¿Segura? ¿Puedes hablar? No, no mucho, te lo juro, es un minuto. ¿Qué tal estás? Vale, vale, voy. A ver, te cuento, no sé ni por dónde empezar. Resumo. Es algo que ha pasado esta misma tarde, a las seis o así, estaba leyendo en el sofá y he tenido una revelación. ¡Una revelación! Ya sé qué es lo que nos fallaba en las cuentas, en la concepción general del proyecto, por dónde seguir. ¿Cómo te quedas? Lo he comprendido todo de repente, lo que no habíamos sido capaces de comprender hasta ahora, el detalle que nos faltaba. Cómo hemos podido ser tan imbéciles. ¿Estás atenta? Escúchame bien. Lo tengo todo apuntado, las ecuaciones, cuando nos veamos te las enseño, por eso te llamo a estas horas, tan tarde, llevo un montón de rato dale que dale, quería asegurarme de que lo que he descubierto se podía formalizar. Mira, ya te he dicho que yo estaba tumbada en el sofá, leyendo, con la tele puesta. Echaban un partido de tenis de un torneo, en Argentina, jugaban un español y un alemán. ¿Nadal? No, creo que no, otro, uno que lleva así media melena, más rubio, a Nadal lo conozco. Más joven, creo. Pero da lo mismo. El alemán también era rubio, un poco más rubio que el español, como tiene que ser. Lo importante es que era en Argentina, eso es seguro. Yo estaba muy metida en el libro, un libro sobre partículas subatómicas, pero ya sabes que me gusta tener de fondo el sonido de una conversación, cuando leo, me mantiene alerta, y los comentaristas deportivos son los mejores para eso, siempre me activan alguna parte del cerebro, a lo mejor es el deporte mismo, el movimiento, de un lado para otro, y el tiempo, esa fijación de los periodos, o a lo mejor son las puntuaciones, yo qué sé. Aunque el tenis es distinto, menos sistemático, menos rígido que el fútbol o el baloncesto, pero en general me sirve también. Con las noticias me despisto, o con los cotilleos. En el tenis hay una lógica perversa, inesperada. Quince, treinta, cuarenta, nunca lo he entendido muy bien. Con el ciclismo tampoco sabes cuándo va a terminar, en qué instante, a qué hora, pero al menos hay una meta, un punto de llegada, una cruz en el mapa. Bueno, espera, me centro, allí, en Argentina, era por la mañana, o a mediodía, claro, no sé cuál es la diferencia horaria exactamente, imagino que cinco horas, o seis, el dato no es tan importante, pero de todas formas luego lo busco. El caso es que allí, en el partido de tenis que echaban por la tele, era aún por la mañana, o mediodía, y aquí, en mi casa, en mi sofá, era por la tarde, la última hora de la tarde, y yo estaba tumbada y de repente he notado una especie de cosquilleo en los ojos, o en la frente, en el entrecejo, y he levantado la vista, casi nada, unos centímetros, y me ha deslumbrado un reflejo del sol. Un reflejo extraño, porque las ventanas de mi salón dan al este. Tú aún no has estado en el piso nuevo, pero es un

tercero, y da al este. Esos datos sí son importantes. No son decisivos, pero son importantes. Bueno, en realidad la ventana da al noreste, pero eso no importa, no cambia nada. ¿Cómo podía ser que me estuviera entrando el sol por la ventana, por una ventana que da al este? ¿Por la tarde? El piso tiene mucha luz por la mañana, pero por la tarde no, claro, nunca. Entonces me he dado cuenta de que el sol se reflejaba en una ventana del edificio que tengo enfrente, un edificio que se ve desde mi balcón y que está, por lo tanto, en el este, o en el noreste, y por el ángulo, o lo que sea, había un rayo hijoputa, muy concentrado, que entraba justo en el apartamento, en mi salón, directo a mis ojos. O sea, el sol se está ocultando por el oeste, ya está muy bajo, y los rayos salen a ras, todo a ras, disparados, potencia pura, casi paralelos al suelo, como cuando tiras una piedra en el río para que salte, para que rebote, y resulta que los rayos que llegan del oeste se reflejan en el séptimo piso del edificio que tengo enfrente, en el este, o en el noreste, y me golpean en la cara, en mi piso que está en un tercero. No me había pasado nunca, o no me había dado cuenta, a lo mejor es una de esas cosas que suceden solo una vez al año, como en el templo ése egipcio, el que trasladaron los rusos cuando construyeron la presa de Asuán. ¿Te acuerdas que había un libro sobre eso en la biblioteca? Esa era una de las pruebas de que los egipcios tenían relación con los extraterrestres, el templo. Eso decía Magno, por lo menos, que cómo iban a construir los egipcios algo tan preciso si no les había ayudado una civilización más avanzada, de otro planeta. ¿Cómo se llamaba el templo? ¿Tú te acuerdas? Eso, Abu Simbel. Bueno, pues a lo mejor mi piso es como Abu Simbel. A lo mejor no lo planeó un arquitecto catalán, sino los habitantes de Alfa Centauro. Ya le preguntaremos a Magno. A partir de ahora lo voy a llamar como el templo, a mi apartamento, a mi piso, como prefieras. Abu Simbel. Cuando invite a alguien a casa le diré: Vente a Abu Simbel. Nos lo vamos a pasar de puta madre tú y yo en Abu Simbel. Vale, sigo. La luz casi me cegaba y he pensado: Esto tiene que querer decir algo, esto es una señal. Como esos chorros de luz que atraviesan las nubes en algunos cuadros religiosos, y justo alumbran la cara del santo, o del mártir, lo que sea, creo que eso tenía un nombre, un nombre específico. ¿Lo sabes? Sí, mujer, era solo una palabra. No, no es epifanía, epifanía es otra cosa, lo de los reyes magos. Hablo de un término artístico. Da lo mismo. En mi caso no podía ser una señal divina, porque no creo en ninguna divinidad, pero sí podía ser una llamada de atención, yo qué sé, del universo, o una proyección de mi cerebro, una proyección que afectase al mundo de algún modo: Atenta, Berta, no te nos despistes, no estás a lo que estás. Porque yo unos segundos antes, tumbada en mi sofá, estaba leyendo precisamente un capítulo sobre cómo reflejar partículas subatómicas en una especie de espejos, en un medio enrarecido, en un medio muy denso, en un medio con muchas más partículas, para que superen la velocidad de la luz. No son espejos, pero para que lo entiendas. Y entonces, cágate, estaba yo pensando en qué querría decir esa señal, esa iluminación, una iluminación literal, con luz, con un montón de fotones que golpeaban mi retina, y miro un momento la tele con los ojos entrecerrados y lo veo allí, en la pantalla, o en Argentina, que venía a ser lo mismo en ese momento. Allí en medio, el sol. En el partido de tenis, en la retransmisión, estaban en un descanso o algo y la cámara ha hecho un barrido por las gradas y allí al fondo se veía al cabronazo del sol, como si la cosa no fuera con él. Con esa indiferencia que tiene el sol. Y he pensado: Es el mismo sol. El sol de otoño que me llega reflejado en la ventana de enfrente, al este, a pesar de que está anocheciendo aquí en Barcelona, y el sol de primavera que me llega por este otro medio, la televisión, desde el lado opuesto, en Argentina, es el mismo, el mismo sol. Y eso quiere decir que... ¿Sonia? ¿Sonia, estás ahí?

